

Sr. José Manuel Blecua, Director de la RAE y Presidente de la Asociación de Academias,

Sr. Mario Vargas Llosa

Sr. Darío Villanueva

Distinguidos Académicos

Invitados todos:

En este día de celebración y júbilo de las letras hispanoamericanas traigo a este recinto cargado de historia el saludo fraterno de la Academia Peruana de la Lengua a Mario Vargas Llosa, como pequeño homenaje público de nuestra comunidad académica, y al hacerlo, en su persona, saludamos a su país de origen, el Perú, a España, que lo ha acogido como propio, a todas las naciones del orbe hispano que lo aprecian tanto y celebran sus éxitos literarios día a día, con la mejor muestra de afecto que se puede tener por un escritor: leyendo sus libros.

Como es sabido, la Asociación de Academias de la Lengua Española, entre las múltiples tareas que se ha señalado ella misma, hay una que privilegia desde el lado literario: acercar a los miles y miles de nuevos ciudadanos de nuestros países a la más hermosa literatura de nuestro magnífico idioma. Fue natural por eso empezar una colección masiva con Cervantes y su tan alabado *Quijote de la Mancha* y continuar con Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, la magnífica poesía de Pablo Neruda y de Gabriela Mistral, *La región más transparente* de Carlos Fuentes. Ahora continuamos con esta labor editando *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa como justo reconocimiento a quien en tiempos recientes, más que ningún otro escritor, ha llevado la lengua española a todos los rincones del mundo.

Fue simbólicamente en la ciudad de Burgos, uno de los lugares más valiosos de la hispanidad, que el conjunto de directores y presidentes de las Academias de la Lengua Española, votó a favor de Mario Vargas Llosa como el autor designado para esta edición masiva. A esa elección siguió otra, más difícil que la primera. ¿Qué obra editar entre las muchas novelas que ha pergeñado su ilustre autor? Había, sin duda, razones literarias y editoriales para preferir cualquiera de sus novelas celebradas. Y en esto, hay que decirlo con claridad, era difícil llegar a un consenso, casi imposible. Al final, admitiendo que las galas literarias de Mario Vargas Llosa se distribuyen de pareja manera en todos sus escritos, hubo un criterio: se debe preferir la novela que llega mejor a nuevos lectores. Establecida la pauta, el discernimiento dejó de ser

complicado: se escogió *La ciudad y los perros*, su primera novela, pensando, sin equivocarnos, como lo han corroborado José Miguel Oviedo, Víctor García de la Concha, Darío Villanueva, Javier Cercas, Carlos Garayar, John King, Efraín Kristal, con los excelentes estudios que acompañan a la obra, que esa novela llegaba mejor a los jóvenes, por su impecable factura y por su temática. Es el momento de agradecer a la Asociación de Academias, el haberme dado la confianza para coordinar desde Lima, la edición de esta obra, junto con Darío Villanueva y Pilar Llull que lo hacían desde Madrid. También nuestra gratitud para Miguel Ángel Rodríguez Rea, autor de la bibliografía y para Agustín Panizo y Carlos Domínguez, autores del glosario que acompaña al texto y en este rubro, en primerísimo lugar a Mario Vargas Llosa que ha leído una y otra vez el texto para precisar esta edición que juzgamos definitiva. La Asociación de Academias lleva mucho tiempo trabajando con editorial Alfaguara que tiene ediciones impecables, como lo reconoce la opinión pública. Esta también es una ocasión invaluable para reconocerle sus méritos como casa editora que energulce a los hablantes del español.

C. G. Jung en uno de sus más hermosos sueños vio una serie de imágenes de su propia casa, con pisos sucesivos que tenían comunicación con las profundidades de la tierra. En la planta primera, situada a ras de tierra, se advertían habitaciones modernas con todas las comodidades usuales al mundo contemporáneo, bajando por hermosas escaleras, se llegaba a un segundo piso con muebles clásicos, lucientes y fuertes, hermosa biblioteca, con libros encuadernados, muy ordenados; en un piso tercero, más profundo, se hallaban los acontecimientos y personas de toda la historia de la humanidad. Usamos esta imagen para hacer un símil con la escritura de la novela *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa. Diremos en principio que se trata de una novela viajera que puede estar en cualquiera de los tres pisos de la casa de Jung. Cuando se publicó en 1963 y obtuvo rápidas y sorprendentes distinciones: los premios que ganó y el fervor de los lectores en todos los países hispanoamericanos y luego fue siendo traducida a una multitud de idiomas: estaba en el primer piso, el que corresponde a una modernidad vigente y así fue leída con avidez por un público pues tenía a un tiempo buena escritura y una temática acorde con los tiempos. Las ásperas vidas de los estudiantes en los internados de un colegio era algo bien conocido en el mundo entero, pero solo un puñado de excelentes escritores: James Joyce, Dylan Thomas, Robert Musil, en Europa y José María Arguedas en Hispanoamérica, había penetrado en los intersticios de esa situación. Pero eso había ocurrido en otros años. La novela de Vargas Llosa fue un trueno en el cielo estrellado de las letras hispanoamericanas, algo absolutamente sorprendente, inesperado, como lo testimonió en su momento José María Valverde y lo acaba de corroborar Javier Cercas en las encomiásticas palabras que ha escrito con ocasión de la publicación de *La ciudad y los perros* en esta edición que celebramos. Muchos leyeron el libro en clave temática: ¿qué pasa en la vida de los estudiantes en los

colegios militares? Otros se interesaron por intriga y ahora mismo los críticos se preguntan si la novela dice o no dice quién mató al cadete conocido como El esclavo. Otros, los peruanos que conocían al autor y algunos detalles de su propia vida, se preguntaban en qué se había inspirado para escribir esa novela, quién era quién en la novela. Inútil esfuerzo, como sabemos los que tenemos la literatura como pasión, pues la novela se resiste, como un prisma de cristal, a todas las interpretaciones unívocas.

La novela, como correspondía a la experiencia del autor, estaba escrita en el español general del Perú. En el joven escritor, esa abstracción de la que tanto hablamos lingüistas y literatos, convivía con el español del Perú, trufado de algunos arcaísmos y de vocablos de los idiomas quechua, aimara, mochica y las numerosas lenguas de la selva. Por no poner los ejemplos más obvios diré, siguiendo a los lingüistas Rodolfo Cerrón y José Salas, que palabras comunes en mi país como “cholo”, “cuculí”, “poto”, que aparecen en las obras de Vargas Llosa, tienen origen mochica, una lengua que se habló hasta comienzos del siglo XX en la costa y sierra norte del país, precisamente en los lugares en los que vivió César Vallejo en su juventud. Pero ahora, y solamente como ejemplo revelador de cómo se crea en cada quién el idiolecto, citaré dos usos del español de Bolivia que aparecen en la novela. Como es sabido, Mario Vargas Llosa pasó una temporada en ese país vecino al Perú, e incorporó, como es natural, en su bagaje del idioma algunas acepciones bolivianas, dos de ellas detectadas en *La ciudad y los perros* por Agustín Panizo y Carlos Domínguez:

Alberto sintió que lo cogían del brazo. Vio un rostro sinuoso, que no recordaba. Sin embargo, el muchacho le sonreía como si se conocieran. Tras él, se mantenía rígido otro cadete, más pequeño. No podía verlos bien; eran solo las seis de la tarde, pero la neblina se había adelantado. Estaban en el patio de quinto, en las proximidades de la pista. Grupos de cadetes circulaban de un lado a otro.

—Espera, poeta —dijo el muchacho—. Tú que eres un sabido, ¿no es cierto que ovario es lo mismo que huevo, solo que femenino?

—Suelta —dijo Alberto—. Estoy apurado.

—No friegues, hombre —insistió aquel—. Solo un momento. Hemos hecho una apuesta.

—Sobre un canto —dijo el más pequeño, acercándose—. Un canto boliviano.

Este es medio boliviano y sabe canciones de allá. Cantos bien raros.
Cántaselo, para que vea.

—Te digo que me sueltas —dijo Alberto—. Tengo que irme.

En vez de soltarlo, el cadete le apretó el brazo con más fuerza. Y cantó:

Siento en el ovario

un dolor profundo;

es el peladingo

que ya viene al mundo.

El párrafo escogido está escrito en la lengua general y dentro del español del Perú. Por eso aparecen palabras que todos entienden en el mundo hispánico, pero, aparte, hay palabras cuyos usos son del Perú: “sabido” y “friegues”. “Sabido” es alguien que conoce algo y lo utiliza en beneficio propio. El vocablo tiene cierta carga negativa. “Fregar” es voz popular que significa molestar o hacer daño. El párrafo se cierra con la voz boliviana “peladingo” voz boliviana desconocida en el Perú, término derivado de “pelado” que sí se conoce en el Perú, pero con el sentido de “persona sin pelo”. Imaginamos que en Bolivia, “pelado”, sin pelo, pasó a ser en ese diminuto hermoso “peladingo” sinónimo de niño recién nacido, o por nacer, como en el ejemplo.

En otro párrafo dice la novela:

El calabozo era más claro que el que ocupaba el Jaguar y Gamboa observó que el pantalón caqui de Alberto era ridículamente corto: se ajustaba a sus piernas como un buzo de bailarín y solo la mitad de los botones de la bragueta estaban abrochados.

Este uso de buzo no aparece en el DRAE, pero sí en el Diccionario de Americanismos:

buzo. [...]

6. *Bθ.* Pantalón de lana o algodón que se ciñe a las piernas. pop + cult → espon.

Este uso de “buzo” es desconocido en el Perú, sin duda Vargas Llosa lo recoge de su experiencia boliviana y en este caso, a diferencia de “peladingo”

no coloca ninguna marca sobre el origen del vocablo. Esto podría querer significar que el uso es más espontáneo.

Trascurridos cincuenta años desde que se terminó de escribir, la novela, merced a sucesivas lecturas de miles y miles de lectores en distintas lenguas, países, edades, experiencias, ha adquirido la dimensión de un texto clásico, ha ingresado, quién puede dudarlo, en el segundo nivel de la casa de Jung: a la serie de libros encuadernados que las bibliotecas guardan de forma muy cuidadosa para las generaciones futuras, textos que hay que leer una y otra vez, en la comodidad de las estancias, no para buscar un asunto u otro, sino para descubrir esa belleza con la que soñaba Aristóteles y que imaginaba Pitágoras: la armonía de contrarios. Vargas Llosa, como Dante, como Baudelaire, como Rimbaud, ha descendido en su escritura de *La ciudad y los perros* a los infiernos personales de los adolescentes, no solo del Perú o Hispanoamérica sino de todo el mundo, ha descrito en microcosmos, un colegio militar, las perversas razones del poder y la férrea y astuta organización de quienes sufren la arbitrariedad, pero ahora los lectores más avisados no encuentran solamente el tema del averno y de otros símbolos del mal: hallan la perfección formal de la novela. Esa combinación de tema que interesa a todos con ese contar bien, esa excelencia formal, esa áspera belleza pocas veces vista en la literatura mundial, hacen del libro un texto clásico de las letras en nuestra lengua.

Con la publicación de esta edición masiva de *La ciudad y los perros* estamos propiciando que la novela del premio Nobel de Literatura llegue al tercer nivel que soñó Jung: un nivel histórico que asocie este texto excelente con las grandes obras literarias de todos los tiempos: desde Homero y su clásico arte de contar, Virgilio y su contenida emoción narrativa, Apuleyo, claro antecedente de la novela picaresca española, Cervantes, sin duda, el más grande de los narradores, Balzac, Stendhal, Flaubert, Tolstoi, Dostoevski, y toda la pléyade de autores contemporáneos que merece durar: Faulkner, Joyce, Proust, Kawabata, y un puñado más que celebramos. *La ciudad y los perros* es una gran novela y Mario Vargas Llosa, merece, una vez más, nuestra profunda gratitud.

Madrid, 20 de junio de 2012

Marco Martos Carrera